

EXCLUSIVA

la crueldad
de sus guardianes
la convirtió
en un auténtico
campo
de concentración:
doscientos
trece detenidos
fueron
asesinados.

LA SINIESTRA PENITENCIARIA DE ARKANSAS



A CABO de visitar Cumming Prison Farm, la escandalosa penitenciaría de Arkansas, donde el descubrimiento de tres cuerpos enterrados en un campo deja pensar que los 213 detenidos que, desde principios de este siglo han sido oficialmente clasificados como «fugitivos», han sido asesinados por sus guardianes. La imagen más dolorosa que conservo es la de un anciano que me ha mostrado su foto de James Bruton, el hombre que había transformado la penitenciaría de Arkansas en un verdadero campo de concentración.

«La guardaré siempre como recuerdo de los malos tiempos». Yo sé que por estar aquí este hombre no es un ángel; sin embargo, es difícil no emocionarse ante la mirada dramática que el condenado dirige a la foto de su verdugo.

Efectivamente, James Bruton es el gran acusado en el proceso —moral— que la opinión pública mundial entabla contra los dirigentes de las penitenciarías de Arkansas. El sería el responsable de las matanzas, de las torturas, de las sevicias que han atraído la atención sobre este Estado, que ya fue escenario de los lamentables sucesos raciales en el instituto de Little Rock.

Ha sido un prisionero negro, Reuben Johnson, de cincuenta y nueve años, condenado en 1937 por el asesinato de su hermano,



Los condenados trabajan en el campo, mientras un «prisionero de confianza» les vigila. En la foto, sobre estas líneas, una instantánea de las peleas entre el jefe de guardianes, Parker, y los cuatro prisioneros. La prisión de los «horrores» sigue dando que hablar en todo el mundo.





Las pruebas inequívocas: restos macabros descubiertos en las tumbas anónimas de Cumming Farm, que aparecen en la foto superior. Winthrop Rockefeller, gobernador del Estado de Arkansas, y Mr. Murton, actual director de la penitenciaría de la muerte, han de hacer frente a uno de los mayores escándalos del siglo.



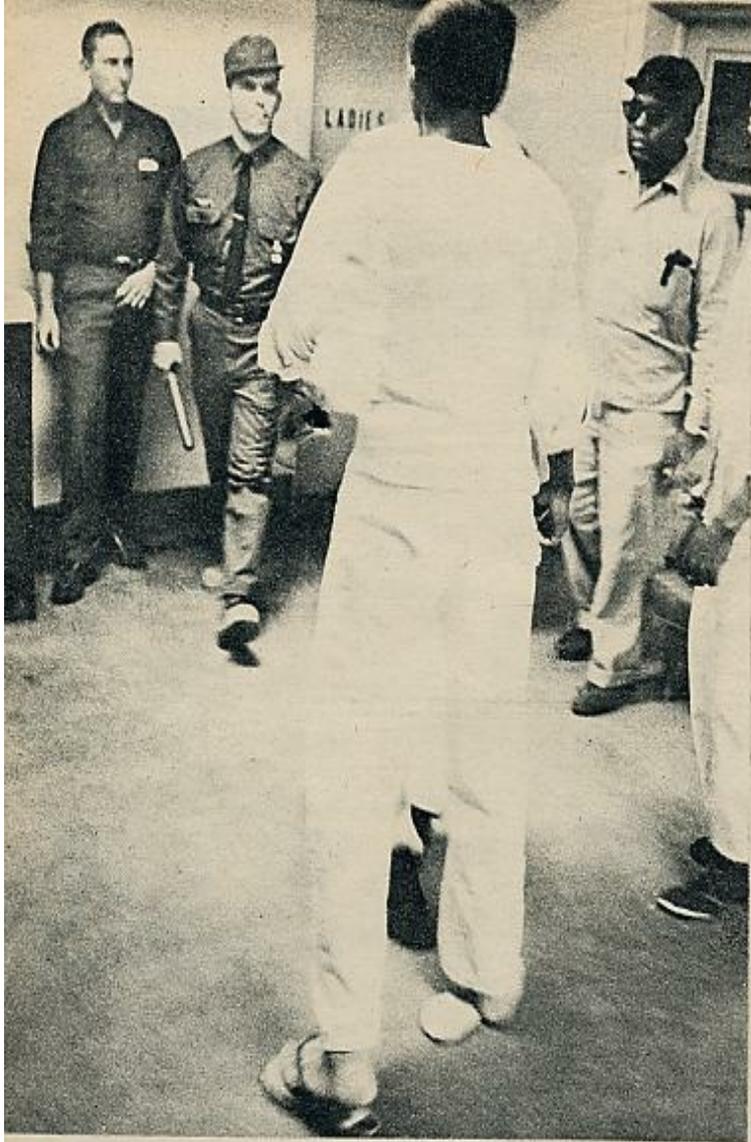
el que ha destapado el asunto, al contar que había enterrado con sus propias manos a tres detenidos. Conduciendo a una procesión de oficiales y prisioneros provistos de palas y picos, ha encontrado el sitio exacto en un campo que rodea la penitenciaría de Cumming Farm. «Es allí», dijo, y se empezó a cavar. Algunos minutos más tarde se desenterraban tres ataúdes, por otra parte demasiado exiguos para los cadáveres. Había sido necesario decapitarles para que pudieran caber.

«He enterrado como a éstos a diez o doce —dijo Johnson—. Aquí he cogido la costumbre. Debe haber alrededor de unos dos mil diseminados por todas partes».

Sin duda, esta cifra es exagerada, pero la mayor parte de los encuestados están persuadidos de que los 213 «fugitivos», de los cuales no se ha encontrado nunca ni rastro, han sido víctimas de sus guardianes.

Hace más de un año, la policía sospechaba algo y buscaba pruebas. Naturalmente, este asunto no se comprende más que en un contexto político. El actual gobernador de Arkansas es Winthrop Rockefeller, hermano de Nelson y republicano. Venció en las elecciones de 1966 a Orville Faubus el famoso gobernador que conoció su momento de celebridad durante los incidentes raciales de Little Rock. Como es habitual, al tomar posesión de su cargo renovó el comité consultivo del





Los prisioneros negros se negaban a permanecer en celdas de castigo a pan y agua. La respuesta a sus reclamaciones fue la violencia. Las fotos ilustran la escena.



ARKANSAS

Estado y nombró director del régimen penitenciario a un antiguo profesor de criminología, Thomas Murton.

Era una pesada carga, pues ya habían llegado quejas a la policía: se hablaba de torturas en la «prisión central»; prisioneros que alcanzaron la libertad aseguraron que habían sufrido torturas por medio de un viejo teléfono, cuyas baterías producían una corriente continua que se conectaba con las partes más sensibles del individuo. Se hablaba también de palizas, de reclusión sin comer ni beber, bajo la vigilancia de otros detenidos que les denunciaban. Aún más, se dijo que el alcohol y los estupefacientes estaban a la orden del día, que la homosexualidad era la norma.

prisioneros armados

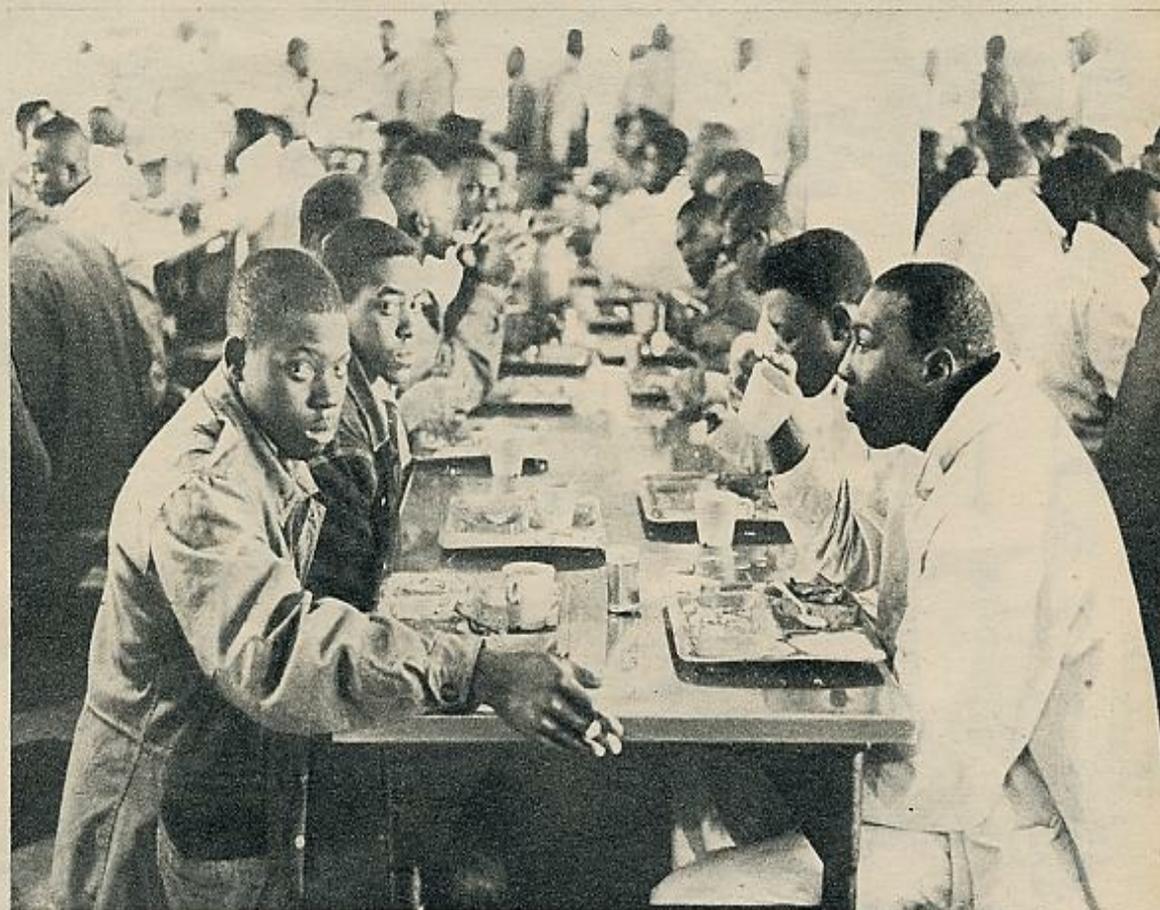
El mal procede de la organización «paternalista» de las penitenciarías de Arkansas. Lo observé en las dos principales que visité: Cumming Farm y Tucker. Para gastar menos dinero se instituyó un sistema «democrático», según el cual los prisioneros podían convertirse en guardianes. Cuando un condenado ha demostrado su buena disposición, cuando no ha incurrido en faltas graves durante los primeros años de su reclusión, llega a ser progresivamente hombre de confianza. Responsable de objetos, inicialmente; de los locales, luego, y por último de los hombres. Se le confía un arma y tiene que vigilar a sus co-detenidos en los campos y, por la noche, en los barracones. Así pues, los prisioneros se vigilan entre ellos. De los 1.400 detenidos masculinos que cuenta Cumming Farm, 300 están armados, y no es siempre fácil hacer el inventario de estas armas: determinados revólveres americanos no tienen número de serie. Aquí es donde reside la dificultad, y esto explica por qué ha sido tan difícil sacar el asunto a la luz del día.

un pantano rectilíneo

En un decorado de pesadilla se asienta la penitenciaría de la muerte, «Squeletteville», como se la llama ya en U.S.A. El terreno que circunda Cumming Farm es un pantano llano, desecado por el tornado de los días precedentes. Hasta donde alcanza la vista no se ve más que algodón. Por todas partes se ven equipos de trabajo vestidos de blanco, vigilados por prisioneros «de confianza», montados en borricos o mulos.

No hay muros, ni cadenas, ni alambradas más que para los cerdos que cuidan los prisioneros. Es el jefe de vigilantes, Mr. Porter, quien acude a recibirme y me hace los honores de su prisión.

El primer sector que atravesamos es el de los blancos —se es racista hasta en la prisión—. En inmensos dormitorios, los hombres se encuentran aún en la cama: estaban de guardia la noche anterior alrededor de las barracas y ahora descansan. Otros se asean o miran la televisión en color. Pueden comprar a su gusto transisto-



La discriminación también llega hasta la cárcel. Hay un sector blanco y otro negro. Dormitorios, comedores, aseos, se encuentran separados. Pero todos comen lo mismo: una vez por semana, carne; y huevos una vez al mes. Los presos pierden peso...



Es la hora del regreso. Los guardianes llevan una chaqueta caqui y un fusil. «Prisioneros de confianza» negros vigilan a sus hermanos de color. Algunos tienen transistores y todos están provistos de botas de caucho para poder trabajar en el barro del campo. Las botas se las han dado no hace mucho tiempo.



ARKANSAS

res, y de esta forma están al corriente del ruido que se está armando acerca de su prisión.

Desde la torre del control, la más próxima al cuartel general, puedo ver el conjunto de la prisión y a los trabajadores que chapotean en el barro circundante bajo la vigilancia de un jinete. El trabajo que se pide de ellos no parece útil: cavan, a cada lado de una pista no alquitranada, fosas que el primer chaparrón volverá a anegar.

El vigilante —uno «de verdad», pagado por el Estado— me explica que ellos no son tan desdichados como él: en cualquier estación debe permanecer ocho horas consecutivas en su mirador sin perder de vista a los prisioneros.

A la hora del rancho, los detenidos regresan de los campos en apretadas filas, con aspecto alegre —debido, posiblemente, a la presencia del periodista, que puede favorecerles—. Los detenidos-guardianes que les rodean llevan uniforme caqui. Una vez más, negros y blancos están separados, pues la segregación es rigurosa: sólo los especialistas —eléctricos, mecánicos, etc.— se mezclan en el trabajo durante la jornada.

Observo que los trabajadores llevan confortables botas de caucho, pero me dicen que acaban de recibir las, y dejan entender que mi presencia no es extraña a esa atención: «No conviene mostrarles demasiado desastrosos».

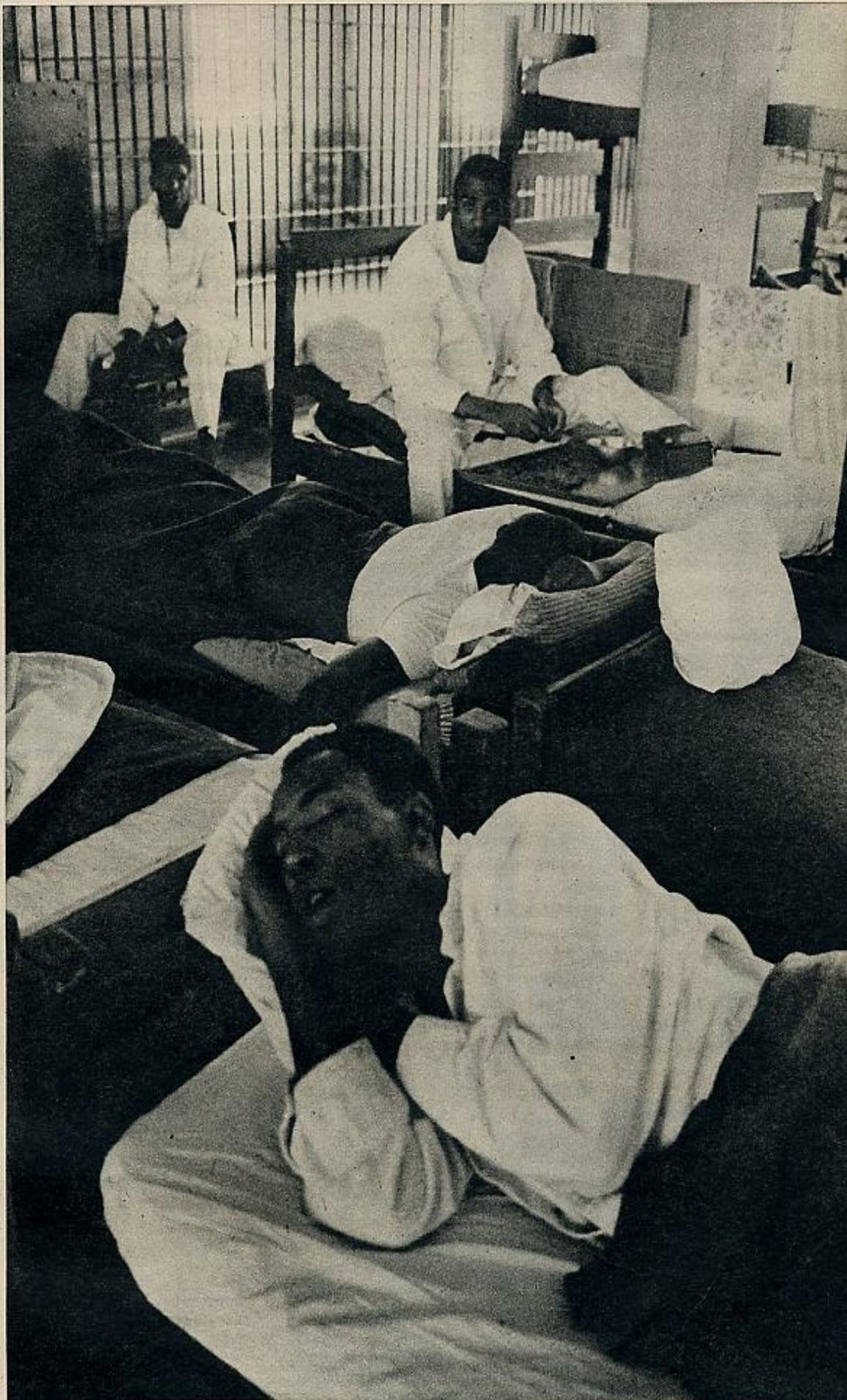
Después de la comida, visito el sector negro. La instalación es exactamente la misma. Encuentro los dormitorios superpoblados, la TV, la peluquería y aseos. Por todas partes suenan los transistores. Todos vienen a contarme su pequeña historia: éste ha permanecido tres días sin comer, ése ha sido molido a golpes. Pero todos parecen haber olvidado un poco los detalles. Por el momento, el sol ha salido y aprovechan antes de volver al barro de los campos. Escuchan la radio. Pelean entre ellos más o menos amigablemente. Duermen la siesta. Un joven me muestra orgullosamente la muleta que ha realizado él mismo. Cuando salgo del sector, un blanco se acerca; se señala con un dedo la mejilla derecha: «los guardianes prisioneros» le dispararon sin razón en 1959. Una bala de 30 por 30 le ha herido bajo el ojo derecho. Pero no ha presentado ninguna queja. Se llama Clarence Herren, está condenado a veinte años de prisión por un atraco y se encuentra aquí desde hace trece años.

Mister Porter va a conducirme ahora al emplazamiento de los descubrimientos. Al pie de una pequeña colina se ven tres agujeros no cubiertos. Es allí donde se encontraron los esqueletos de las tres víctimas. Alrededor de nosotros me señala pequeñas depresiones cuya dimensión hace pensar que se trata de nuevas tumbas. Contamos varias decenas. Abriendo los brazos, Porter determina la proporción del agujero sobre el que se encuentra, y que contiene seguramente los restos de un detenido.

un bebé en prisión

Antes de entrar en el cuartel general, pido visitar el sector de las mujeres: y veo que allí hay un bebé.

(Pasa a la página 58)



Un rincón del dormitorio de los negros. Sólo los especialistas pueden integrarse con los blancos en el trabajo.

ARKANSAS

(Viene de la pág. 52)

Este sector es más coqueto que los otros, mejor arreglado. Hay 42 detenidas: 25 negras y 17 blancas. Una de ellas es la que ha traído al mundo hace un mes a un pequeño llamado Woody Dwayne. La madre tiene treinta y ocho años y su rostro está marcado por las privaciones. Declara que se ganaba bien la vida —1 dólar 80 centavos por hora— trabajando en una fábrica de conservas. Estaba medio muerta cuando llegó a la cárcel para cumplir una condena de quince años. Enferma de riñones, fue enviada al hospital de Little Rock y después al centro médico universitario, donde dio a luz. Cuando volvió a la cárcel, tuvo que abandonar a su hijo y fue muy desdichada. La nueva responsable del sector, señora Crawford, advirtió a mister Murton, quien tomó una decisión excepcional: acompañando a la prisionera, fue con ella a buscar al bebé, que instaló en el sector de los blancos. Los restantes detenidos prepararon una cuna y pañales y el recién nacido fue acogido calurosamente por todos.

La madre de Woody Dwayne tiene otros siete hijos, nacidos de otro padre. Dos están casados, una en el colegio, y los otros en la Asistencia Pública. Su padre ha muerto. En cuanto al padre del bebé, también está en prisión, en la penitenciaría de Oklahoma. Mister Murton ha querido cumplir un deber humano para la madre y para el niño, que será rodeado del afecto de todas las mujeres de la cárcel.

una pelea a garrotazos

Quiero saludar y dar las gracias al director de la cárcel antes de abandonar el lugar. Encuentro a mister Murton relajado, en mangas de camisa. Es un hombre delgado, nervioso, con gafas, con el pelo al cepillo. Le vi en Little Rock, junto al gobernador Winthrop Rockefeller y Marshall Rush, en representación de la dirección de las penitenciarías de Arkansas.

Se queja de haber sido mantenido al margen de las primeras investigaciones policíacas. No conoció todo el asunto —dice— hasta que se descubrieron los cuerpos. Sólo hace un mes que es director de Cumming Farm. Antes dirige la prisión menos importante de Tucker. Es ahí, precisamente, donde se ha evacuado a Reuben Johnson, el hombre que hizo descubrir las tumbas. Es allí donde yo podré encontrarle.

Saliendo del despacho del director, puedo percibir el ambiente de excitación que reina aquí. Cuatro prisioneros negros se encuentran discutiendo con sus guardianes y el jefe de ellos, Porter. De repente, uno de ellos se tira sobre el jefe de los vigilantes. Es un cuerpo a cuerpo violento. Los guardianes tienen bastones, porras, pero les resulta difícil servirse de sus armas en un combate de esta clase. Finalmente, los prisioneros sucumben por inferioridad numérica y son conducidos —más bien arrastrados— a su sector.

Se me explica entonces la razón de este altercado. Los cuatro detenidos venían de las celdas de aislamiento para tomar un baño en el edificio principal. Cuando el oficial de servicio, J. Jasper, les pidió que volvieran a sus celdas, ellos se negaron. Jasper les con-



Una de las causas de los horrores de la prisión de Arkansas es el déficit presupuestario. Para ahorrarse sueldos, los prisioneros que demuestran «buena voluntad» son encargados de vigilar a sus «codetenidos». Esto provoca discriminaciones.

dujo entonces a las oficinas de la administración para exponer la situación a Mr. Porter, el jefe de guardianes. Este les pidió, individualmente, reconsiderar su decisión. Pero ellos se negaron a continuar a pan y agua. La discusión se enzarzó y, súbitamente, un detenido se precipitó sobre Mr. Porter, al que sus ayudantes socorrieron inmediatamente.

Si Cumming Farm es un inmenso territorio de 17.000 hectáreas, la otra prisión es bastante más reducida: 5.000 hectáreas. También el número de prisioneros es más bajo: 295, de los cuales treinta están armados y sirven de guardianes. Casi todos son blancos. De los once negros que hay aquí, diez son condenados a muerte. El onceavo es Reuben Johnson, el responsable de que el asunto pueda ser conocido.

Como en Cumming Farm, los detenidos trabajan nueve horas al día. Cultivan arroz, algodón y habichuelas. Crían vacas y cerdos para su propio consumo. Los dormitorios recuerdan a los de la otra prisión. En las celdas de los condenados a muerte conozco a un joven negro que lava los cacharros: ha matado a un tendero para robarle, pero está tranquilo mientras Rockefeller ocupe su cargo, pues el gobernador republicano ha conmutado siempre las ejecuciones. En su brazo izquierdo se ha hecho tatuar la palabra «death», posiblemente para familiarizarse con la idea de la muerte. De todas maneras, esta perspectiva no enturbia en nada su jovialidad. Es feliz: canta en la orquesta de la prisión.

En un lugar separado descubro a Reuben Johnson, el desdichado héroe de la jornada. Sus co-detenidos le aplican una especie de cuarentena. Me conocí un solo detenido, un negro, que aprueba la denuncia de Johnson. Tam-

bién éste ha sido objeto de amenazas por parte de los prisioneros blancos que le reprochan haber hablado, lo que es bastante paradójico.

Por esta razón ha sido transferido a Tucker, donde habitualmente sólo se envía a los negros condenados a muerte —se encuentra en esta penitenciaría la silla eléctrica—.

Mister Murton subraya que no sabe exactamente si esas amenazas son serias, pero que ha preferido que no se llevasen a efecto. «Es evidente —precisa— que algunos de esos individuos podrán ser implicados o piensan que podrán serlo en la acción judicial que será abierta. Las amenazas no pueden más que dar crédito a la versión de Johnson».

Reuben Johnson es un hombre de bastante edad. Tiene aspecto inquieto, por el ruido que ha hecho con sus revelaciones. Sin embargo, designa sin dudar la dirección de otras investigaciones que deberían llevarse a cabo en Tucker para encontrar otros cadáveres. Efectivamente, en tiempos de James Bruton, Tucker era la prisión más espantosa de Arkansas. Un detenido liberado, Harold Poole, de Memphis, dijo que nunca había visto en ninguna parte tanta brutalidad. Ante su mirada, un condenado ha sido abatido a latigazos. Otro, Pershing Mills, un granjero de Reedley, California, aseguró a la policía que había sido testigo de cinco asesinatos durante los ocho años que pasó en la prisión de Tucker.

En una cabaña de madera, separada de la penitenciaría, se desarrollaban las escenas de tortura. En la actualidad, para ocultar los malos recuerdos, se ha instalado la enfermería de la prisión. Mientras tanto, en los campos circundantes, los detenidos continúan su trabajo agotador. Recolectan

la última cosecha de algodón. Durante nueve horas, estos hombres, jóvenes en su mayor parte, llevan a cuestras sus sacos, como una cruz. A caballo o a pie, como en Cumming Farm, «prisioneros de confianza» armados se encargan de la vigilancia de los prisioneros.

No reciben ningún salario por este duro trabajo, mientras que en Sing-Sing, por ejemplo, reciben 48 centavos por día. No puede asombrar que, en estas condiciones, los prisioneros hayan podido acusar en 1966 un beneficio fiscal de 2.295.866 dólares.

Los detenidos no tienen más que un medio de hacerse un poco de dinero: cinco dólares por semana donando su sangre; ocho dólares cada diez semanas donando plasma. Esto representa un duro sacrificio, pues la alimentación de la penitenciaría no es abundante: los detenidos tienen derecho a carne una vez por semana, huevos una vez por mes. Algunos han perdido, desde su llegada, de 15 a 30 kilos.

Los detenidos de Tucker tienen, en cambio, una satisfacción: su nuevo superintendente, Mr. Van Winkle, es muy simpático. Le tienen simpatía. Además, como son menos numerosos, el ambiente es bastante más relajado. Así, en Tucker se descansa el sábado entero, se pueden recibir visitas los domingos e incluso hacer excursiones fuera del recinto, mientras que en Cumming Farm se trabaja el sábado por la mañana y las visitas están reducidas a tres horas como máximo el domingo.

«No nos podemos quejar de la prisión —me dice Jim J... que guarda la puerta del establecimiento central de Tucker—, pero los jueces de Arkansas no se puede decir que sean benévolo. Yo estoy condenado a veintidós años porque he tratado de tener relaciones con mi cuñada. A esto se le ha considerado tentativa de violación». Otros dos muchachos han sido condenados a quince años porque habían «transportado» a una joven negra en coche. No hubo violación. Simplemente discutirion de dinero: ella pedía cuatro dólares, ellos ofrecían dos. Fueron detenidos en ese momento, pero en el clima político de la época se quiso dar ejemplo. Fueron las víctimas de una justicia demasiado ejemplar. Por otra parte, han solicitado la revisión de su proceso.

Justamente, es la justicia la que debe arreglar este asunto. La encuesta continúa. Se va a cavar todavía en otros lugares señalados por Johnson. Sin duda se encontrarán más cadáveres. Habrá proceso. Se hallarán responsables. Se impondrán sanciones. Todo esto será complicado por la perspectiva de las próximas elecciones. El mandato del gobernador Winthrop Rockefeller expiró en el pasado mes de enero y las nuevas elecciones tendrán lugar en el próximo noviembre —los gobernadores se eligen por dos años—. Esto es la razón por la que el gobernador Rockefeller quisiera ver el problema resuelto rápida y prudentemente. Por otra parte, el Estado es demócrata, mientras que los Rockefeller son republicanos.

Parece, sin embargo, que el origen del mal estriba en la organización demasiado «democrática» —y demasiado económica— de las prisiones. El sistema de los «guardianes prisioneros» provoca automáticamente discriminaciones y tentaciones.

R. T.

(Fotos Reporters Asociés-Flash Press)